

...de la historia de la humanidad. La novela, como género literario, tiene su implantación en el siglo XIX. Hasta este momento se habían dado algunos intentos esporádicos, algunos tan felices como *El Lazarillo* y *Don Quijote de la Mancha*, pero en general nuestros autores prefirieron otros géneros. Las características históricas de la novela son que, como género literario, la humanidad es un objeto de la humanidad.

del pasado siglo propicia la expansión del género que se impondrá a los demás. Hacia la mitad del siglo, el ascenso de la clase burguesa, consolidada como estamento dominante e ilustrado, en los medios burocratizados del aparato del Estado, posibilita una temática y asegura una clientela para este género. Desde esta perspectiva se atiende más que a la acción en sí, a la complejidad moral y psíquica que ésta encierra. La profundización de los medios técnicos de nuestra narrativa se hace solidaria de una concepción un tanto determinista acerca del entorno social, al que se considera producto de un sistema desfasado e injusto. La novela naturalista francesa será la que tenga una influencia más reconocida en España, pese a los ataques que recibirá en ciertos sectores por considerarla portadora de ideas impías, depravadas y disolutas. Clarín, en 1881, reconoce que bebe de estas fuentes. La cultura moderna, que es la que con muy buen acuerdo procuramos adquirir, aún no está traducida al castellano. Y mientras los señores puristas sigan escribiendo en estilo clásico ideas arcaicas,

la juventud seguirá siendo afrancesada en la literatura. Traducida al lenguaje del siglo XVI, las ideas del XIX y seremos puristas. En tanto, pues hay que escoger entre el espíritu y la letra, nos quedamos con el espíritu. Para el experimentador, que diría Zola, todo sirve, y las enfermedades del espíritu son asunto de gran interés en el estudio de la naturaleza. El público es un elemento integrante de toda literatura, y el observador que seriamente examina las materias literarias como parte principal que son de la vida de los pueblos, necesita estudiar el espíritu colectivo, sus cambios, progresos y decadencias. Antes que la habían intentado estos caminos, don Juan Valera, Pereda, Pardo Bazán y Galdós, entre otros, pero la obra única la conseguiría Leopoldo Alas con *La regenta*. Tanto es así que él mismo, como crítico literario, afirma cuando ha concluido su novela, con una aseveración que pudo parecer un tanto fatua a sus contemporáneos. Tengo la satisfacción de haber terminado, a los 33 años, una obra de arte.

Esto se lo escribía a su editor barcelonés en el año 1885. En *La regenta* se nos da un ambiente concreto, muy localizado. La ciudad de Betusta, pequeña capital provinciana de pasado heroico y presente triste. Dejada, abandonada a su suerte, sin que nadie se tome interés por ella. La ciudad de Betusta

y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo, se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegados a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días o para años en la vidriera de un escaparate agarrada a un plomo. Betusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa

Basílica. Con esta introducción, Clarín nos da una imagen estática, quieta, como si el polvo externo fuera el mismo.

indicio del anquilosamiento interno de los habitantes de Betusta. El autor parte del plano físico para introducirnos en el plano moral. Otras veces, desde frases tomadas de la épica tradicional, nos vuelve bruscamente a un presente prosaico, con un contraste pleno del humor sarcástico tan típicamente suyo. La muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y la olla podrida y descansaba oyendo entre sueños. Es evidente la falta de perspectiva hacia el futuro. La ciudad duerme el letárgico sueño de pasadas glorias. En este ambiente se nos abre la panorámica de la ciudad desde el campanario de la catedral. El magistral, don Fermín de Paz, va recorriendo sus posesiones espirituales. Este hombre, cuya ambición es ilimitada, vigila con su catalejo los barrios que habitan la ciudad. Como el naturalista, estudia con poderoso microscopio las pequeñeces de los cuerpos. Betusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían que ir a la casa, se quedaron en la casa. El hombre, que no se había ido a la casa, venían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto.

Él estimaba sobre todas su ciencia de Betusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo. Había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la ciudad era gula. Hacía su anatomía no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos. No aplicaba el escalpelo, sino el trinchante. A través de la mirada del magistral recorreremos los diferentes lugares de Betusta. Betusta, el barrio de los ricos y sumisos a sus deseos, que contrasta con los rebeldes, los obreros. La Encimada era su imperio natural, la metrópoli del poder espiritual que ejercía. El humo y los silbidos de la fábrica le hacían dirigir miradas recelosas al campo del sol. Allí vivían los rebeldes, los trabajadores sucios, negros, como el carbón y el hierro amasados con sudor. Los que escuchaban con la boca abierta a los energúmenos que les predicaban la igualdad, federación, reparto, mil absurdos. Y a él no querían oírle nada. No sabía ni qué cuando les hablaba de premios celestiales.

de reparaciones de ultratumba. Entre las posesiones espirituales del sacerdote se encuentra Ana Ozores de Quintanar, casada con el exregente de la audiencia. Esta mujer, producto de una educación contradictoria, ha ido acumulando frustraciones a lo largo de su vida. Su belleza es estéril, su esposo mucho mayor que ella no puede satisfacer sus necesidades afectivas, y ella intenta sublimar sus carencias mediante la comunicación espiritual. A través de las confesiones con el magistral, entrevé una gratificación para su alma. Una salida del mundo mediocre en el que está forzada a vivir. Esta situación le produce un deterioro en su personalidad, que se ve aquejada por dolencias histéricas. Ana creía ver en cada rostro la llama de la poesía. Las vetustenses le parecían más guapas, más elegantes, más seductoras que otros días. Y en los hombres veía aire distinguido, ademanes resueltos, corte romántico. Con la imaginación, iba juntando por parejas a hombres y mujeres según pasaban. Solo ella no tenía amor. Ella no tenía amor.

ella y los niños pobres que lamían los cristales de las confiterías eran los desheredados. Una ola de rebeldía se movía en su sangre camino del cerebro. Temía otra vez el ataque. Todo se refleja a través de las sensaciones de la regenta. Su celo místico poco puede contra la naturaleza que se revela. La pugna que se establece en el espíritu de esta mujer,

una ola de rebeldía se movía en su sangre, nos la describe el autor por la complejidad de las sensaciones que saltan de lo material físico a lo psíquico anímico. Así su maternidad frustrada, falta de amor, se le evidencia ante la imagen de los niños pobres que lamían los cristales de las confiterías. En la vida de la regenta un tercer personaje enturbiará sus buenos propósitos. La carencia de amor le hará sentir atracción física por el petimetre oficial de Betusta, el conquistador don Juanesco que tiene que demostrarse a sí mismo que continúa en auge y para ello se fija la meta en Ana Ozores. Don Álvaro Mesía, el marquesito, personaje arquetípico del que Clarín

[illegible]

La trama se va enredando a través de la profundización en las situaciones anímicas de los personajes. La tensión crece hasta que se desencadena la tragedia. La regenta comete adulterio con el marquesito ante la mirada complacida de la ciudad que quería ver aquel armiño en el lodo. Solo una persona siente la caída como propio fracaso, el magistral, confesor de Ana Ozores, cuyo deseo de posesión espiritual ha derivado en una pasión material, tanto más desesperada cuanto mayor imposibilidad siente de realizarla. La complejidad con que nos da Clarín el torbellino de sensaciones que pasan por el cerebro del magistral no hubiera podido ser alcanzada por el autor sin su perfecto dominio del lenguaje. Un cúmulo de deseos, recuerdos y sentimientos se superponen atropelladamente en el turbulento cerebro del personaje. El magistral estaba pensando que el cristal helado que oprimía su frente parecía un cuchillo que le iba cercenando los sesos, y pensaba además que su madre, al meterle por la cabeza una sotana, le había hecho tan desgraciadamente, tan desgraciadamente, tan desgraciadamente, tan desgraciadamente.

miserable, que él era en el mundo lo único digno de lástima. Sí, él era como un eunuco enamorado, un objeto digno de risa, una cosa repugnante de puro ridícula. Su mujer, la regenta, que era su mujer, su legítima mujer, no ante Dios, no ante los hombres, ante él sobre todo, ante su amor, ante su voluntad de hierro, ante todas las ternuras de su alma, la regenta, su hermana del alma, su mujer, su esposa, su humilde esposa, le había engañado, le había deshonrado como otra mujer cualquiera. Y él, que tenía sed de sangre, ansias de apretar el cuello al infame, de ahogarle entre sus brazos, seguro de poder hacerlo, seguro

de vencerle, de pisarle, de patearle, de reducirle a cachos, a polvo, a viento, él, atado por los pies con un trapo innominoso, él tenía que callar, morderse la lengua, las manos, el alma. Ana, que le había consagrado el alma, una vez que se había ido a la iglesia, se había ido a la iglesia, se había ido a la iglesia, una fidelidad de amor sobrehumano, le engañaba como a un marido idiota, carnal y grosero.

Le dejaba para entregarse a un miserable lechuguino, a un fatuo, a un elegante de similar, a un hombre de yeso, a una estatua hueca El tema tradicional en nuestra literatura del sacerdote enamorado adquiere aquí dimensiones insospechadas La referencia física al cristal helado da una imagen plástica que es referencia interna de las pasiones que agitan al magistral La alusión al pasado, rebeldía frente a la situación sacerdotal, no es un problema de fe Hace más tensa la impotencia amorosa del sacerdote El elemento dramático se acentúa por la introducción del monólogo interior que potencia la perspectiva interna, subjetiva del personaje Técnica narrativa por la que, desde la intimidad, se proyectan los sentimientos al exterior La observación de sí mismo le lleva hacia la contemplación de la regenta a la que antepone el posesivo su hermana, su mujer, su esposa, como connotación amorosa Finalmente la consideración del seducto El sector consentido

sentimientos atropellados. Para vengarse el magistral desencadena la tragedia, consigue un duelo entre Mesía y el esposo deshonorado que muere. La regenta sola frente al desprecio de la ciudad acudirá a pedir socorro moral a su confesor y éste hará un gesto incontenible de venganza clavándole las uñas en el cuello. Ella cae desmayada hasta que despierta sintiendo una sensación viscosa que le causa náuseas, el beso del acólito afeminado de la catedral. Música